

Aproximaciones a las prácticas ciudadanas a través de dos grupos de jóvenes de la Ciudad de México

Mónica E. Zenil Medellín
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM
Septiembre 2007

La ciudadanía es una noción dinámica y compleja, articuladora de actores, prácticas sociales, marcos normativos y estructuras institucionales. La ciudadanía también describe formas de relación, así como procesos de inclusión y exclusión entre actores que se interrelacionan en contextos sociales fragmentados y polarizantes. En esta perspectiva, ser ciudadano y actuar como ciudadano alude a dos fenómenos distintos. Por un lado, *ser ciudadano* se refiere a un estatus resultado de la membresía a una comunidad política, en la que los sujetos se adscriben a un conjunto de derechos y obligaciones históricamente adquiridos. Por otro, *actuar como ciudadano* alude a una serie de experiencias que hacen visible demandas y aspiraciones de actores, especialmente aquellos que a la luz de las transformaciones sociales, económicas y políticas han visto acentuada su situación de vulnerabilidad. Desde esta perspectiva, las interrogantes formuladas acerca del papel de los ciudadanos en la sociedad contemporánea se sitúan en un doble plano: primero, en qué tipo de entramado institucional se sostiene la condición de ciudadanía y, segundo, qué sujetos y en qué espacios se construyen cotidianamente experiencias ciudadanas. En este último nivel, el de los sujetos, sus prácticas y significados, se centra esta exploración sobre dos agrupaciones juveniles y sus efectos en el desarrollo de acciones encaminadas a construir y fortalecer la noción de ciudadanía.

Lo anterior sugiere dos líneas básicas de acepción acerca de la ciudadanía: por un lado, la relativa al conjunto de derechos y obligaciones atribuibles a casi cualquier integrante de una comunidad y, la segunda admite que la ciudadanía no es una condición que deriva de un proceso acabado, sino el espacio para expresar intereses de todos los integrantes de un grupo social, por lo que se trata una condición individual y colectiva en construcción permanente.

En contextos sociales complejos y diferenciados, la insuficiente redistribución de recursos lleva a plantear la existencia de una o distintas formas de ciudadanía "...situadas en contextos

históricos diferentes, con tradiciones sociales y culturales distintas que producen formas muy diferentes de ciudadanía.” (Ramírez.2006:4) En este sentido es importante recalcar que al considerar la existencia de distintas formas de ciudadanía no se propone más de una condición ciudadana. Se trata de tener en cuenta la conjugación de mecanismos, recursos, contextos y competencias, que hablan de distintas formas de entender y, sobre todo, actuar como ciudadanos

Aquí se propone que diferentes formas de ciudadanía están relacionadas con múltiples disposiciones y usos de recursos construidos individual y colectivamente. Dichos recursos se conjugan y ponen en circulación en distintos niveles del espacio público, al que los ciudadanos concurren para colocar no sólo demandas particulares, sino necesidades nuevas y viejas de los grupos sociales. Siguiendo esta perspectiva, la disponibilidad de recursos y la oportunidad con que se ponen en juego conducen a perfiles ciudadanos más consistentes, orientados hacia lo público y hacia la influencia en el espacio social.

El caso de los jóvenes muestra claramente cómo las condiciones desde la que experimentan esta etapa de vida reproduce y agudiza la ausencia de una visión ciudadana integradora, en la que se reconozca la capacidad de los actores de articular propuestas, expresar opiniones e incidir en el devenir político – social. Se trata de un sector de la población que irrumpe recientemente en la historia social (siglo XIX) pero que ha sido considerado casi desde entonces como objeto de tutela y protección por parte de las instituciones, lo que limita la posibilidad de propiciar espacios y condiciones para ejercitar los derechos y deberes ciudadanos, salvo en casos de excepción, como los movimientos sociales típicamente juveniles, casi siempre enmarcados en el terreno universitario o estudiantil.

La juventud, tiene un carácter multidimensional tanto en lo conceptual como en lo práctico. Está conectada al entramado de instituciones sociales, políticas, económicas y culturales, a la vez que en su interior se desarrollan experiencias novedosas, muchas veces transgresoras y críticas que se vuelven premisa para interactuar en diferentes esferas fuera de su ámbito familiar. En estas experiencias los jóvenes crean las oportunidades para forjar roles y crear identidades, solidaridades o, dicho en otras palabras, los vínculos entre ellos y su comunidad.

Es en este plano donde se incorpora el concepto de ciudadanía, que se redimensionaliza a partir de la multiplicidad de esferas que intervienen en el fenómeno juvenil y que autores como Reguillo denominan ciudadanía policéntrica (2003:19) o, dicho de otra manera, que considera lo mismo el espacio de reconocimiento de derechos civiles, políticos y sociales; al mismo tiempo que el derecho a que sea reconocida su diferencia, su manifestaciones propias, así como sus formas de inserción particulares en el espacio de lo público, ámbito inherente al ejercicio ciudadano.

En este trabajo se presentan los alcances del proceso de construcción de ciudadanía activa desarrollada por jóvenes pertenecientes a dos agrupaciones de la Ciudad de México: Elige, Red por los Derechos Sexuales y Reproductivos A. C. y Colectivo Voladora, Arte y Cultura en Comunidad¹. Las dos tienen como denominador común su intención de promover sujetos visibles y activos, con capacidad de acceder a espacios sociales y simbólicos en los que hagan valer su condición de ciudadanos, considerando los recursos que intervienen en su proceso de integración, definición de estrategias e interlocutores. Lo anterior plantea también retos para un contexto institucional y de políticas que hasta ahora se ha mostrado con escasa capacidad de interlocución y reconocimiento de estos sujetos.

1. La Ciudad, territorio social y simbólico para las ciudadanías juveniles

En la ciudad, sobre todo en la capital del país, convergen procesos acentuados de diferenciación, exclusión y segmentación social (Ramírez.2004:382) que han tenido impacto directo en las formas de socialidad, de convivencia, así como en la continuidad, densidad y consistencia del espacio público construido. En la ciudad se cristalizan diferencias y afinidades, formas de actuación singulares y plurales, así como tensiones y conflictividades propias del proceso mismo de *habitar*, de formar parte activa de un entorno común. Los jóvenes objeto de este estudio se insertan en este contexto altamente complejo interrogándose desde sus propias experiencias organizativas sobre su propia autodefinición y autonomía respecto a sí mismos y el mundo que les rodea.

¹ *ELIGE, Red por los derechos sexuales y reproductivos A. C.* es una Organización civil feminista de mujeres y hombres formada en 1996 en el Distrito Federal, constituida legalmente en 1999. *Colectivo Voladora, Arte y Cultura en Comunidad* se fundó hace cuatro años en Tultepec, Estado de México por jóvenes originarios de esta comunidad.

La Ciudad de México es no sólo la capital del país, es también centro de producción simbólica de gran influencia a nivel nacional. Se trata de un espacio que dista de ser uniforme, de tener una capacidad de integración y articulación para todos sus habitantes, quienes ante la fragmentación de su entorno de vida, desarrollan formas de socialidad y territorialidad peculiares. Acorde con información del año 2000, "...una quinta parte de la metrópoli presenta características equivalentes a las ciudades del primer mundo, dos quintas partes se asemejan a zonas de pobres de estas últimas urbes y 40% restante se encuentra calcutizado..." (Graza.2000:12).

En este contexto, el abordaje de los procesos de agrupación juvenil en el marco de la Ciudad de México requiere considerar una densidad social y territorial peculiar. La Ciudad, como lo apunta Castillo (1997:83) está configurada por dos dimensiones geográficas que remiten a realidades sociales distintas: por un lado, el Distrito Federal (16 delegaciones), con mayor infraestructura urbana, social y cultural y los municipios de la zona conurbada (17), que se distinguen por grados altos de marginación y por una oferta de servicios insuficiente que hace a sus habitantes girar en torno al Distrito Federal, ya sea para trabajar, estudiar o para acceder al consumo cultural. Esta diferenciación socioespacial tiene efectos nocivos en el acceso y significado de los espacios públicos, que tienden a volverse territorio ausente de contenidos aglutinadores, de socialidad y convivencia. Sin embargo, también en la Ciudad se desarrollan procesos de construcción de formas de interrelación a partir de elementos novedosos, de identidades e intereses, en lo que aquí es interpretado como el desarrollo de prácticas que se ubican en el centro de la dicotomía inclusión - exclusión, es decir que se orientan a entrelazar a sujetos, intencionalidades y acciones en contextos complejos orientadas al reconocimiento en el plano de lo público, al ser visible y reconocido en el entorno social.

Por otro lado, la experiencia asociativa juvenil dista de ser una realidad mayoritaria y permanente entre los jóvenes de la Ciudad de México, lo que no significa de influencia menor. La diversidad de formas de agrupación puestas en práctica por los jóvenes de la Ciudad de México hace necesario distinguir a las organizaciones juveniles de las muchas experiencias agregativas protagonizadas por este sector de la población. En este sentido, se parte de que la

organización juvenil es “...la acción que ejerce un grupo sobre sus propios integrantes, definiendo explícitamente sus objetivos, sus funciones, sus tareas y las formas de relación que establecen entre ellos...” (IMJ.1998). Si bien muchas experiencias colectivas podrían estar insertas en esta categorización, aquí interesó profundizar en aquellas desarrolladas de manera autogestiva, por jóvenes a partir de demandas que reivindican su papel como actores interesados por el devenir de jóvenes y la sociedad en que viven.

En el año 2000, casi una cuarta parte de jóvenes entre 18 y 29 años intervenía en agrupaciones de distinto perfil, alcance y tipo.² Algunas resaltan por su capacidad de convocatoria, otras por el uso de formas expresivas creadoras de identidad, o por la transitoriedad que la define. Siguiendo a Urteaga (2005:214), el espacio urbano pone en evidencia “...la importancia que este tiene para los jóvenes como lugar social de su constitución como jóvenes, con identidad y espesor definido, frente a otros segmentos de edad en la ciudad.” Las agrupaciones juveniles han hecho uso de una amplia variedad de mecanismos para hacerse ver y escuchar en lo público, para comunicarse entre sí.

Por otra parte, las acciones institucionales dirigidas a los jóvenes han estado restringidas a una serie de acciones la mayoría de las veces desarticuladas, transitorias o político – electoralmente orientadas. Las políticas gubernamentales hacia los jóvenes se han distinguido por una alta precariedad operativa y financiera que limita aun más su impacto. Esta es una tendencia histórica en la atención a este sector que se ha mostrado independiente del partido político en el gobierno y parece obedecer a una serie de preconcepciones sobre el fenómeno juvenil, sus manifestaciones y su problemáticas, hasta ahora juzgadas mayoritariamente desde la óptica del riesgo, la violencia y la confrontación social.

2. De las agrupaciones juveniles

Siguiendo a Serna, en el terreno de lo que llama, “las organizaciones juveniles realmente existentes” es posible distinguir para fines analíticos entre las organizaciones integradas por jóvenes y las organizaciones juveniles. En estas últimas se forjan o fortalecen vínculos

² Acorde a datos extraídos de la Encuesta Nacional de la Juventud 2000.

subjetivos, casi siempre de tipo identitario, lo que lleva a que sus integrantes se autodefinan como sujetos activos integrantes de una generación (2000:120). No obstante, es frecuente que dentro de los grupos de jóvenes se entrecrucen roles y marcos de acción que hacen más compleja su distinción. Dos de los tipos de organizaciones juveniles que identifica esta autora tomando en cuenta composición, origen y propósitos son las promovidas desde fuera del universo juvenil, que se generan por vínculos ideológicos y financieros con otras instituciones o con otros actores de la sociedad civil y la segunda, como procesos impulsados por los propios jóvenes en respuesta a necesidades o desafíos a la autoridad, las instituciones o a la otredad. Un rasgo que comparten estos dos tipos de agrupaciones es la autonomía de sus miembros como agentes detonadores de procesos de alcance diferenciado en el espacio de lo social.

Los procesos colectivos desarrollados por jóvenes han sido abordados en su mayoría desde la espectacularidad de sus manifestaciones (Urteaga,2000), centrando la atención en lo específico de formas expresivas y contenidos identitarios. Desde esta óptica se ha estudiado a la banda como forma asociativa productora de contenidos simbólicos (Reguillo.1991, Urteaga.2000, Castillo.1997) y poco a poco se han ido reconociendo otras formas de organización, menos visibles pero que han transformado códigos y visiones sobre sí mismos, así como sobre el entorno en que viven. Como lo propone Urteaga (1998:7), “Calles, plazas, parques, muros, centros comerciales, tianguis, cines, artes plásticas, videos, música, grabado, revistas, conciertos, ‘tocadas’, teatro, performance, videojuegos, comics, redes informáticas, etcétera, son espacios físicos o simbólicos, públicos, semipúblicos o privados que ellos (los jóvenes) transforman en atmósferas mas íntimas en virtud de su copamiento y praxis creadora”.

El origen / La auto-definición

Cuando los fundadores, ya sea en Elige o en Voladora se plantearon iniciar un proceso organizativo no imaginaron los efectos que generarían, todo era parte de una inquietud que ni siquiera estaban seguros fuera compartida por otros jóvenes. En cierta medida, en ambos casos se trató de un origen un tanto espontáneo, especialmente en el caso de Voladora, donde sus

integrantes no tenían capital organizativo previo. De hecho, las fundadoras de Elige, aunque venían de experiencias de activismo en el tema de los derechos sexuales y reproductivos tampoco tenían claro el horizonte que se estaban trazando al iniciar su organización, incluso comenzaron sus actividades como un colectivo, pero las condiciones institucionales, en particular el acceso a recursos financieros, fueron exigiendo que Elige transitara a una estructura definida y, más tarde, a su registro como asociación civil.

Este proceso de diferenciación como grupo también ha sido vivido dentro de Voladora, y es una discusión permanente que, en ciertos momentos, ha representado un riesgo para la continuidad del grupo. La presencia de jóvenes con capitales culturales menos homogéneos que en Elige, por ejemplo, ha generado distintas visiones acerca de hacia donde deben dirigirse los esfuerzos conjuntos. En Voladora, ante la pronta respuesta de los jóvenes de Tultepec a la convocatoria del colectivo, se reflexionó acerca del perfil que poco a poco había tomado la agrupación aun sin nombre ni propósito definido. Decidieron que no serían una “organización de jóvenes”, pues sintieron que esa era una etiqueta que los “encajonaría” convirtiéndose en parte de una moda. Optaron por autodefinirse como una organización comunitaria, con un carácter y una perspectiva de mayor inclusión en su entorno social.

De esta manera es posible apreciar que las organizaciones juveniles responden a necesidades del contexto inmediato y, a su vez, dichas necesidades son construidas socialmente, de tal suerte que para algunas agrupaciones es central lo que para otras otros ni siquiera es tematizado (Escobar. 2003:96). Por otro lado, en la construcción de la práctica colectiva influyen los recursos con que los integrantes acceden al grupo y ello es determinante en el perfil de la organización y, en particular, en la definición de sus cursos de acción. Si bien es cierto que difícilmente se puede considerar a la juventud como una experiencia homogénea a nivel de segmento social, en el plano de las experiencias asociativas esto se reproduce con mayor agudeza.

De la autogestión y la autonomía

El segundo de los rasgos considerados es el grado de autogestión dentro del grupo, esto es, la intervención de los integrantes jóvenes en la vida interna de la organización, así como el tipo de vínculos operativos que tienen con otros actores, en particular instituciones y organizaciones de la sociedad civil que trabajan temas de juventud. En este sentido, interesa el tipo de “acompañamiento” que han tenido Elige y Colectivo Voladora en su trabajo cotidiano, en particular el orientado a la procuración de recursos financieros, pues este aspecto ha llevado a ambos grupos a plantearse el tema de la autonomía, ya sea como fin o como medio para lograr sus objetivos.

En cuanto a la vida organizativa, la composición puramente juvenil de ambas agrupaciones les ha significado luchar contra una difundida concepción acerca de que los jóvenes son incapaces de trabajar sistemáticamente enfocados hacia el logro de objetivos concretos. En ambos grupos aseguran que colocar su trabajo fuera de sí mismos, les ha llevado a tener como punto de partida el desarrollo de sus proyectos de manera responsable, para ser tomados en cuenta ya sea por la comunidad, por otras organizaciones sociales o por las instituciones.

En el nivel de la estructura interna del grupo y su funcionamiento se puede identificar que, pese a las diferencias de estructura, las dos agrupaciones muestran una marcada tendencia a la horizontalidad en el discurso que se dificulta llevar a la práctica. Se trata de una diferenciación interna la mayoría de las veces basada en tareas o responsabilidades concretas que suelen ser transitorias. Los liderazgos tienden a ejercerse de forma colegiada y tienden a recaer en los integrantes con mayor capital individual y organizativo, lo que ha llevado al cuestionamiento interno de la autoridad y de la capacidad de toma de decisiones relativas al devenir del grupo.

En cuanto al acceso a recursos resaltan las diferencias de capitales culturales y organizativos de los integrantes. Sobre el dinero en ambas agrupaciones apuntaron que es un aspecto de su vida organizativa con una doble cara en virtud de que acceder a apoyos financieros de parte de las instituciones, a su vez, pone en cuestionamiento el nivel de autonomía de la organización y

la forma que tendrá de relacionarse con quienes otorgan los recursos. Adicionalmente, plantear el funcionamiento del grupo en términos de la disponibilidad presupuestaria resta el corte utópico y progresista con que en general los jóvenes ven a las agrupaciones a las que pertenecen.

Clarificarse la importancia de acceder a fuentes de financiamiento regulares que den continuidad a los proyectos ha generado compromisos y formalidades no planeadas ni deseadas. Ante la necesidad de allegarse recursos los integrantes de estas agrupaciones se han visto obligadas a “salir” del mundo juvenil para dar respuesta eficiente y eficaz a los compromisos contraídos con las financiadoras. Pocos integrantes de estas agrupaciones cuentan con bagaje cultural suficiente para formular proyectos. Incluso Elige, con una trayectoria más profesionalizada, asegura que han dejado pasar convocatorias nacionales (la del Instituto Mexicano de la Juventud entre ellas) por lo excesivo de los requisitos. Ello evidencia dos situaciones: la primera, el predominio de la desconfianza en los procesos organizativos juveniles, incluso desde las instancias gubernamentales enfocadas a apoyar a este sector de la población y, la segunda, que estas convocatorias están dirigidas implícitamente a jóvenes que tienen recursos sociales y culturales para responder a ellas, lo que deja de lado a una amplia mayoría de experiencias organizativas juveniles que se enfrentan a la disyuntiva de acceder a recursos aún más limitados por otras vías (proyectos de ONGs, propuestas no dirigidas a jóvenes y la solidaridad comunitaria) o desaparecer.

La falta de experiencia administrativa por parte de las organizaciones juveniles también es un factor que limita el acceso a recursos, pues sucede con frecuencia que una vez otorgados los apoyos son administrados con baja eficiencia. En este sentido, el manejo de recursos se vuelve un componente más del capital organizativo que desarrollan los jóvenes dentro de sus agrupaciones. Quienes han adquirido experiencia o conocimientos en este plano a través de su intervención en talleres o en otros grupos tienen mayor claridad en el uso y la comprobación de fondos obtenidos de distintas fuentes de financiamiento. Cuando esta experiencia logra generar confianza es más factible allegarse recursos provenientes de otras fuentes. Esto muestra que el campo de oportunidades es aprovechado por unas cuantas agrupaciones juveniles.

El tema de los recursos es sumamente complejo dentro de los grupos. Resaltan 4 dimensiones problemáticas: primero, el dinero se convierte en un tabú o en algo de los que se habla en conjunto sólo cuando es una limitante para desarrollar proyectos específicos, pues lleva implícita una connotación ideológica y requiere una toma de postura de la organización frente a las instituciones (prefieren no se les “tire línea”). Segundo, las habilidades administrativas no son un bagaje compartido entre la juventud, quien en general no ha tenido acceso previo a recursos y menos aún recursos públicos, lo que repercute en inexperiencia para el ejercicio y comprobación de los apoyos. Tercero, el limitado acceso a recursos financieros por parte de agrupaciones, sin una personalidad jurídica que genere confianza, hace que se desarrollen estrategias alternas que no alcanzan a reducir el grado de incertidumbre en la continuidad de los proyectos ni del grupo. Cuarto, las experiencias organizativas juveniles disponen de manera muy limitada de recursos financieros. Saben que existen espacios para acceder a ellos, sin embargo, el dinero es absorbido por las organizaciones que trabajan en el campo de la juventud con personalidad jurídica, con larga trayectoria y capacidad para proponer acciones sobre temas distintos, atendiendo a la multiplicidad de necesidades y demandas de los jóvenes, pero donde los jóvenes no deciden que van a hacer.

Las reivindicaciones y los campos de conflicto

En general, las múltiples y diferenciadas formas expresivas desarrolladas por jóvenes llaman la atención fuera del universo juvenil cuando son disruptivas o violentas o cuando se encuadran en el ámbito de lo cultural o estético, sin que ello represente un riesgo para la convivencia social; es decir pocas veces se atribuye a estas experiencias la capacidad de influir en el campo de lo público. Para ello tendría que concederse a los jóvenes y a sus agrupaciones la autonomía para ejercer crítica y reflexivamente su influencia en la reproducción y transformación en el devenir social.

En su trayectoria grupal, los integrantes de Elige y Voladora han definido permanentemente causas, lugres e interlocutores, ello generado en muy buena medida por las oportunidades y coyunturas que encuentran. Esta definición constante forma parte de un ejercicio autoreflexivo

sobre los alcances del trabajo realizado, la reorientación de proyectos y las relaciones con los distintos ámbitos que les rodean. Mantener un proceso de evaluación –aun intuitivo- tiene la finalidad de poner en marcha propuestas con contenido acordes a las nuevas demandas que se desprenden del trabajo realizado y de la interacción con otros jóvenes. Las relaciones con actores de distinto tipo les ha permitido consolidar su identidad grupal, al tener que desarrollar un discurso organizativo propio estructurado en tres ejes fundamentales: quiénes son, qué persiguen y por qué son agrupación juvenil.

En ambas agrupaciones se observa una serie de reivindicaciones estructurantes de la acción colectiva. Sin dejar de lado la particularidad de las dos experiencias, ambas coinciden en el vínculo estrecho de sus prácticas a temas que para ellos resultan significativos considerando situaciones de la vida cotidiana que sus integrantes no han alcanzado a resolver fuera del ámbito grupal y que se vuelven bases para la pertenencia. Estas situaciones prácticas han sido elaboradas como discursos y reivindicaciones del lugar de los jóvenes en el contexto social más amplio, en el que se insertan con intereses y necesidades propias, conscientes de que su actuación encuentra una serie de restricciones que deben ser resueltas la mayoría de las veces haciendo uso de los recursos que ellos mismos generan.

Los otros: campos de conflicto

Como ha sido expuesto, en la configuración de las experiencias organizativas juveniles hay un conjunto de elementos intrínsecos que le conceden coherencia y consistencia a los grupos, lo que compone su identidad colectiva. La identidad del grupo se objetiva en discursos, prácticas compartidas y en su sentido de pertenencia. Al mismo tiempo, la definición de la identidad grupal conlleva a clarificar a los otros y a delimitar los espacios de visibilidad a los que acceden. De modo adicional, el que haya jóvenes que desarrollen o potencien su capital organizativo está estrechamente vinculado al contexto social, institucional y cultural en que la agrupación aparece. En este sentido, las condiciones en que se hace visible estos grupos también juegan un papel central en los alcances de las demandas y reivindicaciones que proponen, en tanto se convierten en el conjunto de oportunidades políticas donde se insertan.

Se trata, como lo explica Álvarez (2004:39), de las “dimensiones congruentes” que incentivan o limitan la participación, tanto desde la perspectiva coyuntural como estructural.

Las agrupaciones juveniles básicamente se desenvuelven en la interrelación simultánea con distintos actores en niveles diferenciados del espacio público y social. En cuanto al más inmediato, los jóvenes organizados plantean sus relaciones con otros jóvenes ya sea en el plano del fortalecimiento de su identidad juvenil o en la construcción de redes de apoyo o de intercambio de recursos que potencien el impacto de los proyectos que realizan. La comunidad, local o de jóvenes, aporta la visión crítica y valorativa sobre el trabajo de la organización, contribuye a resaltar diferencias y semejanzas con las que se concurre al espacio público.

Otro ámbito de interacción juvenil relevante lo constituye la red global. Este es un espacio al que acuden muchos jóvenes buscando identificarse con otros a partir de causas, opiniones, puntos de vista y acciones. A este “lugar” acuden con frecuencia las agrupaciones juveniles para acceder a información e incluso a recursos. La desventaja implícita que representa esta esfera es precisamente que no es accesible a todos, además de que algunos organismos internacionales que apoyan a jóvenes con fuerte presencia virtual son negativamente percibidos por agrupaciones juveniles, quienes deciden mantenerse distantes a estas propuestas y conservar así su autonomía.

El ámbito de interacción más segmentado es el institucional, en especial de gobierno. En este sentido se ha mencionado ya que los jóvenes de las agrupaciones estudiadas se insertan en un entramado institucional donde prevalecen visiones adultistas traducidas en políticas y programas de corte asistencial hacia este sector de la población. Ello hace que tanto entre jóvenes como instituciones exista una desconfianza, de parte de los primeros por la visión controladora que se quiere asumir sobre ellos y, de los segundos, debido a la falta de confianza que generan las iniciativas juveniles, en especial las no institucionalizadas.

Por otro lado, las propuestas diseñadas desde los distintos ámbitos de gobierno han reproducido la visión sobre los jóvenes como “ciudadanos formación” provocando un escaso

intercambio de ideas y proyectos considerando mecanismos flexibles de vinculación y trabajo conjunto, mecanismos que resultan más adecuados a las múltiples y desiguales formas de vivir la juventud. En el Distrito Federal, territorio básico de actuación de las dos agrupaciones estudiadas, el 25 de julio del 2000 se publicó en la Gaceta Oficial del Distrito Federal, la Ley de las y los jóvenes del Distrito Federal, cuyos capítulos IX y X se refieren a los derechos a la plena participación social y política de los jóvenes, así como el derecho a la organización juvenil. Estos son considerados como vehículos para integrarse a la vida social y lograr mejores condiciones de vida, además del reconocimiento del gobierno local, quien aparece como responsable de proporcionar las condiciones para el ejercicio de los derechos de los jóvenes. Dentro de este marco o de condiciones, se sientan las bases normativas para la formación de Instituto de la Juventud del Distrito Federal (IJDF).

Durante sus primeros años de existencia, el IJDF se centró primordialmente en el Programa de jóvenes en situación de riesgo, creado en 2002. Este programa se centró en integrar a jóvenes en situación de exclusión social para prevenir violencia y delincuencia³. Este programa fue en la realidad el eje de las acciones desarrolladas por el IJDF y con el pretendían subsanar problemas que iban desde desintegración y violencia social, hasta el aprovechamiento responsable de los espacios públicos. Hubo otros programas dirigidos a jóvenes de otro perfil social y cultural (a través de las Brigadas Juveniles por la Ciudad) y las prácticas comunitarias, dirigidas a egresados universitarios (SDS.2006:126-130). El alcance de estos programas estuvo en muy buena medida condicionados a la disponibilidad presupuestaria, lo que hacía que la continuidad del trabajo con los jóvenes fuera altamente contingente y estuviera en función de la capacidad negociadora de los encargados de estos programas en las delegaciones políticas.

La atención a los jóvenes por parte de la instancia local creada para ello, estuvo centrada, en una perspectiva sobre lo juvenil basada en la orientación proteccionista-adultista de estos

³ Las acciones se desarrollaron a partir del diagnóstico de unidades territoriales con altos índices de precariedad social (150) y era operado por tutores comunitarios, personas casi siempre adultas que fungían como coordinadores y supervisores de los proyectos desarrollados por los jóvenes en sus comunidades (Morales.2005:73). Acorde con datos de la Secretaría de Desarrollo social del D.F., desde el inicio de operaciones de este programa y hasta 2006, se atendió a 24,500 jóvenes en 174 (de 853) unidades territoriales de alta y muy alta marginación (SDS.2006:124).

sujetos desde la cual la actuación social de los jóvenes es primordialmente situada en prácticas delictivas o formas violentas. Esta condición ha reducido las propuestas de desarrollo de estrategias dirigidas a promover el ejercicio de derechos como los de participación y organización encaminados a construir un entramado de relaciones entre ciudadanos e instituciones en un plano de mayor reconocimiento de la pluralidad de lo juvenil. Un sondeo realizado por una ONG entre los jóvenes del D. F. durante 2005 sobre 3 derechos establecidos en la Ley -entre ellos el derecho a la organización juvenil - mostró que una amplia mayoría de los consultados (82%) no conocía ese derecho a organizarse "...sin embargo los jóvenes lo ejercen aunque sin el matiz comunitario, es decir, lo realizan con su grupo de amigos pero pocos realizan acciones que promuevan la organización de otros o visibilicen sus propias formas de organización juvenil..." (SERAJ.2006:19).

Finalmente, cabe hacer notar que como resultado indirecto de las estrategias del gobierno del Distrito Federal en materia de juventud se generaron procesos asociativos entre algunos jóvenes beneficiarios que definieron y defendieron su interés de emprender sus propias experiencias en colectivos juveniles, ya sea para poner en practica lo aprendido o para delinear sus propios marcos de actuación a partir de temas compartidos. De lo anterior se desprende que lograr la articulación de experiencias organizativas juveniles por parte de las instituciones de gobierno exige considerar las desigualdades con las que se vive esta etapa de vida, los distintos intereses que distinguen al universo juvenil, así como la existencia de múltiples habilidades desarrolladas por jóvenes en el interés de transformar las condiciones en que viven cotidianamente, tanto para ellos, como para los jóvenes por venir. La ciudadanía, en este sentido, ofrece una serie de códigos compartidos que pueden ser, si existe la sensibilidad y el apoyo sostenido por parte de los gobiernos, la base para la interlocución con un sector sobre el que recaen las expectativas de futuro, no solo de los jóvenes, sino de la sociedad en su conjunto.

BIBLIOGRAFIA

Álvarez, Lucía (2004), *La sociedad civil en la Ciudad de México. Actores sociales, oportunidades políticas y esfera pública*, UNAM, Plaza y Valdés, México.

Borja, Jordi (2003), "La ciudad es el espacio público" en Ramírez, Patricia (coord.), *Espacio público y construcción de ciudadanía*, Miguel Ángel Porrúa, México.

Castillo B., Héctor (1997), *Juventud, cultura y política social. Un proyecto de investigación aplicada en la ciudad de México 1987 – 1997*, IMJ, SEP, México.

Escobar, Roberto/Mendoza Nydia, et. al. (2003), *De jóvenes? Una mirada a las organizaciones juveniles y a las vivencias de género en la escuela*, Círculo de Lectura Alternativa, Bogotá.

Feixa, Carles (1998), *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, IMJ/CIEJ, México.

Garza, G. (2000) *Atlas de la Ciudad de México*, Departamento del Distrito Federal, El Colegio de México.

Marshall, T. H. (1965), *Class, citizenship, and social development*, Double Day Anchor Books.

Mead, Lawrence (1997), "Citizenship and social policy: T. H. Marshall and poverty", en *Social philosophy & policy*, vol.XIV, num. 2, summer.

Ramírez, Patricia (2004), "La política del espacio público en la ciudad" en Canclini, Néstor, *Reabrir espacios públicos*, UAM/Plaza y Valdés, México.

Reguillo, Rossana (1991), *En la calle otra vez. Las badas: identidad urbana y usos de la comunicación*, ITESO, Mexico.

Reguillo, Rossana (2003), "Ciudadanías juveniles en América Latina" en *Ultima década*, no. 19, Viña del Mar.

Secretaria de Desarrollo Social/ Consejo de Desarrollo Social (2006), *La política social del Gobierno del Distrito Federal 2000-2006. Una valoración general*.

SERAJ, Servicios a la Juventud A. C. (2006), *Ponte al tiro y conoce tus derechos. Sondeo sobre la implementación de la ley de las y los jóvenes en el Distrito Federal*, México.

Serna, Leslie (2000), "Las organizaciones juveniles" en *Jóvenes, Revista de estudios sobre juventud*, año 4 núm. 11, IMJ, México.

Turner Bryan (2002), "Outline of a general theory of cultural citizenship", en Stevenson, Nick (ed.), *Culture and citizenship*, SAGE, Great Britain.

Urteaga, Maritza (1998) "Prólogo" en Feixa, Carles, *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, IMJ/CIEJ, México.

Urteaga, Maritza (2000), “Formas de agregación juvenil” en Pérez Islas, A. (coord.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986 – 1999*, num. 5, tomo II, SEP-IMJ.

Urteaga, Maritza (2005), “Espacialidades juveniles. Usos, apropiaciones y percepciones del espacio urbano contemporáneo” en *Jóvenes, Revista de estudios sobre juventud*, año 9 núm.23, IMJ, septiembre – diciembre.